

Preludio

David Gutierrez



Image not found.

Capítulo 1

1

Conocimiento

El joven alquimista no estaba acostumbrado a los rebotes que le estaban perturbando la mente, el camino era pedregoso y cruzaba todo el pueblo de Rginek. Acontecían las altas horas de la noche y el carromato parecía encontrarse todos los obstáculos que existían en ese pequeño viaje. Leofuroy detrás del armazón de madera y con el ceño fruncido se dirigió por segunda vez al conductor durante esa noche.

—¿Cuántas piedras hay en este maldito camino? —dijo el alquimista con un tono tedioso mientras fijaba la vista en el cielo nocturno.

—Las suficientes para inquietar a cualquiera amigo mío! — exclamo Janes torciéndose hacia el. Al girarse Leofuroy pudo ver las facciones de aquel hombre. Con la tenue luz de la luna bañándole el rostro, un rostro huesudo de un hombre trasnochado de más de unos cuarenta años.

El alquimista quedo absorto en sus pensamientos, y reanudo su contemplación a esa oscuridad que le había cautivado desde su más tierna infancia, observaba el cielo nocturno con un falso desdén buscando en su mente, respuestas que quizás nunca existieron. Durante la noche, la oscuridad abrazaba a todos los hombres, muchos descansaban en sus pequeñas casas o en sus sofisticados palacios pensando que vivir cubierto por la lobreguez del mundo era un error funesto que costaría sus vidas. Esa idea que tenían algunos sobre la oscuridad, discrepaba mucho con la de los asesinos y mercenarios que la aprovechaban para destrozarse y desgarrar los cuerpos que, según alguien, eran una molestia. Era común escuchar a media noche unos chillidos aberrantes de alguna desdichada mujer que encontraba cuerpos tirados junto a los caminos del pueblo, o incluso en las puertas de sus casas.

Más de una vez, a Leofuroy de le despegaron los ojos de las imponentes enciclopedias acompañado de un pequeño salto de la silla. Detestaba a esa gente, simplona e ignorante que parecía que Vivian en una burbuja de felicidad y negaban encarecidamente la oscuridad del mundo, en el fondo era razonable, la mayoría de los ciudadanos de los pueblos pequeños cercanos a la capital nunca verían otra cosa más que a sus vecinos.

En una situación así la mente entrecierra las puertas y cuando ve algo que no debería entrar cierra de golpe, provocando esos espantosos chillidos a

media noche.

—¡La taberna del Cuervo Blanco!— exclamo Janes arrastrando a Leofuoy de sus ambiguos pensamientos.—Vuestra paciencia será premiada amigo mío , va a saborear la mejor cerveza de la provincia— prosiguió Janes.

Leofuoy aplasto el espeso barro de un salto — Lo siento. No suelo beber— le corrigió mientras se aproximaba a la parte delantera del carronato— ¿Cuanto le debo?— dijo mientras rebuscaba en su alforja algunas monedas.

—Son diez monedas de plata señor —contesto el hombre con un

—Aquí tiene compañero— le garantizo el alquimista alzando levemente el brazo con el que sostenía las monedas.

Los dos hombres se despidieron cordialmente , Leofuoy se quito la capucha mientras obsevaba conmo el carronato se desvanecia en las tinieblas de la noche. Detrás de el se hallaba la llamada Taberna del Cuervo Blanco , un sitio del que muchos aseguraban que era de lo mejor en términos culinarios y como no podía ser de otra forma, la existencia de la supuesta cerveza mas buena de la provincia atraía a multiples viajeros y mercenarios quienes se camuflaban entre la clientela. Ese sitio a simple vista parecía simplemente una casa común pero un poco mas ancha, sin embargo dentro se podían encontrar multitud de historias, la mayoría con un final ensangrentado.

Al entrar al alquimista le abrumaron dos emociones, la atmosfera calida de un lugar cerrado era agradable contrastando con el frio y la humedad de la noche, pero por otro lado sintió la presión de las miradas de desconcierto al ver a un cliente que no era habitual.

El estblecimiento poseaia un amplio espacio entre las siete mesas que debería tener, la mayoría de los hombres estaban sentados bebiendo o gritando, mientras que algunos se mantenían de pie recostados en las gruesas vigas de madera que se alzaban al lado de las mesas, al fondo de la taberna se situaba la larga barra donde el dueño acostumbrava a tomar los pedidos, los cuales no deberían ser muy extensos.

De entre todas las voces graves y roncadas a Leofuoy le parecio oír su nombre.

—¿Leofuoy?!—escucho el alquimista. La voz venia del lado izquierdo del local asi que el joven automáticamente ,examino rostro por rostro hasta que vio a un hombre sentado en

Quizá por eso me resultaban atractivas las vidas libres del imperio,
porque como muchos, prefería vivir de noche. La dos noches anteriores